

DE BUENAS LETRAS

# Julio Alfredo Egea, 'humilis sapientia'

JACINTO S. MARTÍN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**H**ace unos días se rindió un brillante homenaje a Julio Alfredo Egea Reche en el Palacete de Quinta Alegre de la ciudad de Granada. Julio Alfredo, académico correspondiente por Almería de la Academia de Buenas Letras de Granada, goza del más profundo afecto y de la más alta estima en la institución. Todos sabemos que el amigo y magnífico escritor almeriense-granadino, mago de la imaginación y de la memoria, nos 'repite la aurora sin cansarse' desde la 'humilis sapientia'. La sabiduría humilde desde la que pretende un ir más allá de la propia vida para estar en las otras vidas: «Quiero ser de todo hombre / que me mire a los ojos, / de esa mujer que pasa / desgranada y herida / igual que una mazorca / picoteada de grajos. / Quiero ser de ese niño / que nacerá en remotas / edades de la tierra / y crecerá en asedio / de un juguete electrónico. / Quiero que mi palabra / vuele con la bandada / de los últimos pájaros, / se adorne con las crines del último caballo, / resurja con la

espiga / de un cereal cansado, / alimente al que llega / y alimente al que pasa. / Enjoyada o desnuda / os dejo mi palabra».

Muchos nos sentimos en la Academia granadina como aprendices de los grandes maestros como Julio Alfredo Egea o su gran amigo Rafael Guillén a quienes sólo les falta, para alcanzar el reconocimiento que se les debe, nacionalizarse mexicanos como la reciente Premio Cervantes, Elena Poniatowska, que no escribe mejor que ellos.

Tanto Julio como Rafael coinciden con Borges en que «de los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es el libro; todos los demás son extensiones de su cuerpo... Sólo el libro es una extensión de la imaginación y la memoria». Los dos amigos han sabido sorprender el secreto oculto de las cosas –esa inquietante zona por descubrir– y contárnoslo en una colección de poemas, relatos y prosas viajeras inolvidables. Los dos están empeñados en la única batalla que merece la pena, que es la del conocimiento.

Un alarde de maestría tan alta como la del mejor García Márquez late en la obra narrativa de Julio Alfredo. Sus relatos 'Casimiro, el tuerto', 'El cardenal acatarrado' o todos los integrados en 'Puesto de alba' están a la altura de los mejores relatos de la literatura universal. Con idéntica maestría trabaja su obra poética en la que la crítica destaca su libro 'Desventurada vida y muerte de María Sánchez', premio Ángaro en Sevilla y premio Ciudad de Palma, concedidos en el año 1973. En su obra poética, Julio Alfredo Egea desencola el alma y adopta una forma mística de mirar el mundo.

La literatura es una herida sin cura, un desacuerdo con la realidad, un estar en contra de lo establecido, una permanente rebeldía que busca en la calle su forma de expresión y sus personajes, porque la creación literaria no está sólo en los libros: está en la gente de la gran familia del mundo, sobre todo en los destartados, en los ilusos, en los candorosos, pues «todos somos venidos a menos, todos menesterosos y en reconocerlo está nuestra fuerza». Esta visión la expresa Julio desde el temple y la prudencia, desde la sabiduría y la generosidad y lo entaña en su persona, que llega a ser su mejor obra. Un magnífico escritor deviene, casi siempre, en bondadosísima persona. Un buen escritor asume su condición de quinto evangelista, puesto que nos trae la buena noticia, la buena nueva, de que otro mundo es posible. Es el caso de nuestro amigo, a quienes todos apreciamos y honramos con la alegría y el cariño de siempre.